

Dejaremos atrás el dolor opaco de las últimas huellas.

Irremediablemente nos levantaremos  
de los últimos lechos del deseo y cubriremos  
de maldiciones un amanecer de sollozo  
camino de miedo.

Son las ocho en punto

y suenan, lejanas, las llamadas al orden.  
Treinta y siete millones se visten por los pies  
y dos vagabundos se desnudan de esa bandera  
vieja de papel de periódico.

Es la hora de sobornar la ló(gi)ca honestidad  
de los guardianes.

A veces confundimos los términos,  
lueven copos de amargura y las ventanas  
—antes o después—  
terminan por abrirse de par en par  
dejando entrar toda clase de muertos  
y balas que rebotan  
con los muertos.

A veces un poema se nos presenta irrevocable,  
nos quema las manos, nos vacía dejando huecos  
los dedos y el alma,  
y las calles se alargan como anocheceres  
entre-multitud-de-sombras.

Dejaremos atrás el orden que llama a la tormenta  
a cubrir todos los ojos de lágrimas y zanjas,  
las normas de conducta, la es  
ca  
la de valores y el poema de Amor  
que nunca escribiremos.

Luego, es demasiado tarde, se agolpan las horas,  
las intenciones, el fuego y el agua al mismo tiempo;  
ese último tren de madrugada  
y en cada esquina  
detrás de cada puerta, cada boca, cada latido  
querremos dejar atrás las últimas huellas

seguir caminando como si algo hubiese cambiado  
como si algo se despojase de este cielo gris,  
y ese puente, y esta mañana...  
y querremos sobornar la ló(gi)ca honestidad de los guardianes...

GONTZAL DIEZ

